

Un amor que crece. Amor conyugal y sentimientos

RAÚL SACRISTÁN

Universidad eclesíastica "San Dámaso" de Madrid

RESUMEN: El presente artículo parte de la experiencia originaria del encuentro entre Adán y Eva, para mostrar que el amor es la clave hermenéutica del hombre. Se analiza la situación actual como consecuencia de la ruptura moderna entre amor y verdad, que lleva al hombre a encerrarse en sí mismo, dando origen a una sociedad narcisista. La vía para salir de este problema se encuentra en la misma dinámica afectiva, que siempre está referida al otro. De este modo, se puede entender que la educación afectiva consiste en ayudar a que las personas, y en particular los matrimonios, pasen de un momento afectivo inicial del amor a vivir el amor como elección repetida del otro. La tarea pastoral de la Iglesia ante dicha situación consiste en ofrecer compañía que brota de la Encarnación.

PALABRAS CLAVE: amor, matrimonio, narcisismo, afecto, relacionalidad, narratividad, compañía, elección

ABSTRACT: This article begins with the experience of the meeting between Adam and Eve, to show that love is the hermeneutical key of man. It analyzes the present situation as a consequence of the modern rupture between love and truth, which causes man to become locked inside of himself - the beginning of a narcissistic society. The way to leave this problem behind lies in affective dynamism, which is always referred to the other. From this point of view, it is possible to see that affective education consists in helping people, especially married couples, to go from a for-

mer affective moment of love to live love as a repeated choice of the other. The pastoral mission of the Church in this situation consists in offering the fellowship that springs from Incarnation.

KEYWORDS: LOVE, marriage, narcissism, affect, relationality, narrativity, fellowship, choice

1. EL AMOR, CLAVE HERMENÉUTICA DE LO HUMANO

“**D**eseos, sentimientos, emociones, eso que los clásicos llamaban *pasiones*, tienen un lugar importante en el matrimonio. Se producen cuando *otro* se hace presente y se manifiesta en la propia vida” (AL 143). Estas palabras del papa Francisco en *Amoris laetitia* nos indican la relevancia de la vida afectiva en la vida conyugal, y, por tanto, se convierten en una advertencia seria del cuidado que los cónyuges han de tener acerca su mundo de las pasiones. Como dice el texto pontificio, esta reacción se produce ante la presencia del otro: “Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne” (Gn 2, 23).

La alegría desbordante de Adán al encontrarse con Eva queda magníficamente expresada por este canto. No debe sorprendernos que la primera vez que el hombre habla en la Biblia sea para cantar el amor. “El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente” (RH 10).

El papa Francisco, en *Amoris laetitia*, se fija en esa “inquietud del varón que busca una ayuda recíproca, capaz de resolver esa soledad que le perturba y que no es aplacada por la cercanía de los animales y de todo lo creado” (AL 12).

El hombre actual, al igual que el primer Adán, experimenta agudamente la sensación de soledad, de abandono en medio de un mundo que no le ofrece un lugar, un referente, un espejo que le devuelva su propia imagen. Esta

soledad originaria¹, que es la experiencia de Adán antes de la llegada de Eva, es la que viven muchos contemporáneos nuestros, que a veces llegan a sentirse como restos de un naufragio² llevados por las corrientes y las olas³. La necesidad de un referente para poder crecer es la necesidad básica de saber quién soy. La expresión de san Juan Pablo II, “permanece incompresible”, nos habla de dos cosas: la primera, existe una verdad sobre el hombre; la segunda, esa verdad es revelada, desvelada, en el amor.

De esta manera, podemos decir que el amor es la verdad del hombre, entendiendo aquí el amor como la relación de comunión que se establece, de modo permanente, entre los amantes. Ambas realidades, amor y verdad, se hallan hoy en crisis; una crisis que, sin duda alguna, afecta a ambas porque ambas están íntimamente relacionadas. “Amor y verdad no se pueden separar. Sin amor, la verdad se vuelve fría, impersonal, opresiva para la vida concreta de la persona. La verdad que buscamos, la que da sentido a nuestros pasos, nos ilumina cuando el amor nos toca. Quien ama comprende que el amor es experiencia de verdad, que él mismo abre nuestros ojos para ver toda la realidad de modo nuevo, en unión con la persona amada” (LF 27)⁴.

2. EL DRAMA DEL DESAMOR Y LA CRISIS DE VERDAD

Al poner en relación amor y verdad, y la crisis actual de ambos, es posible entender mejor el sufrimiento de tantas personas que no encuentran un sentido a su vida. El relativismo actual acaba imponiendo como verdad absoluta la no existencia de “una verdad grande, que explica la vida personal y social en su conjunto (...). La cuestión de la verdad completa, que es en el fondo la cuestión de Dios, ya no interesa” (LF 25). La verdad queda reducida a una “verdad tecnológica (...) que es verdad porque funciona y así hace más có-

¹ Cf. J. M. GRANADOS TEMES, “Índice de los conceptos principales: Soledad originaria”, en: JUAN PABLO II, *Hombre y mujer lo creó. El amor humano en el plano divino* (Madrid 2000).

² Cf. A. MACINTYRE, *Tras la virtud* (Barcelona 2004).

³ Cf. Z. BAUMAN, *Modernidad líquida* (Madrid 2002).

⁴ El papa Francisco había hablado de esta relación ya anteriormente en la *Carta a Scalfari*, publicada por el diario italiano *La Repubblica*, el 11 de septiembre de 2013.

moda y fácil la vida” (LF 25). Esta concepción de la verdad tecnológica está íntimamente ligada a la concepción de verdad moral que se desarrolló desde Hume y su teoría de los sentimientos morales⁵. Según Hume, la bondad o maldad de algo depende de cómo lo sienta la persona en un momento dado. Este vínculo entre valoración moral y verdad nos permite comprender que la crisis del relativismo y el drama del desamor han de solucionarse conjuntamente.

El relativismo lleva a que el hombre se entienda a sí mismo como una especie de *ser-nebulosa*, a modo de acumulación de puntos, que no tienen relación entre sí. Hasta la modernidad, el hombre se había entendido a sí mismo a modo de camino marcado por hitos que provocaban giros y cambios de rumbo. Desde la perspectiva del *ser-nebulosa*, el hombre no crece más cuanto más camino hace, sino cuantos más puntos acumula. Las imágenes del camino y de la nube nos pueden ayudar a comprender la situación mejor. Cuando los puntos se acumulan en un lugar, se perciben más fácilmente, y dan una impresión de mayor solidez. Sin embargo, esta impresión es falsa, pues los puntos no tienen ningún tipo de relación entre sí, más allá de su cercanía física. En cambio, los mismos puntos, cuando indican un camino, se caracterizan porque uno lleva a otro, existe una profunda relación entre ellos, no se puede explicar uno sin otro. Es justamente el caso contrario a la nube de puntos. Mientras que en la nube de puntos, si falta uno no ocurre nada; en el camino, la ausencia de un punto hace incomprensible la totalidad del trazado.

La razón por la cual muchas personas hoy optan por relaciones puntuales frente a una relación estable es por la crisis de verdad, porque no confían en que la existencia tenga un sentido⁶, porque no se fían de que el otro pueda

⁵ Cf. D. HUME, *Tratado sobre la naturaleza humana* (Madrid 2014).

⁶ V. FRANKL señalaba esta carencia de sentido como el problema psicológico más extendido en la sociedad europea del s. XX. Cf. V. FRANKL, *Ante el vacío existencial. Hacia una humanización de la psicoterapia* (Barcelona 2003), 9: «Cada época tiene sus neurosis y cada tiempo necesita su psicoterapia. En realidad, hoy no nos enfrentamos ya, como en los tiempos de Freud, con una frustración sexual, sino con una frustración existencial. El paciente típico de nuestros días no sufre tanto, como en los tiempos de Adler, bajo un complejo de inferioridad, sino bajo un abismal complejo de falta de sentido, acompañado de un sentimiento de vacío, razón por la que me inclino a hablar de un vacío existencial».

serles fiel, y habría que preguntar también si cada uno somos nos consideramos capaces de ser fieles⁷. El *ser-nebulosa* no es una opción, sino la única salida airosa cuando se elimina de la existencia del hombre el horizonte de la verdad. En ausencia de la verdad, la relación se experimenta como un límite a la propia libertad para hacerse uno a sí mismo. La eliminación de la verdad ha llevado al ensalzamiento de la libertad como principio absoluto que ha de regir la existencia humana.

La relación entre verdad y libertad fue analizada por S. Juan Pablo II en la encíclica *Veritatis Splendor*: “En algunas corrientes del pensamiento moderno se ha llegado a exaltar la libertad hasta el extremo de considerarla como un absoluto, que sería la fuente de los valores. En esta dirección se orientan las doctrinas que desconocen el sentido de lo trascendente o las que son explícitamente ateas. [...] No es ajena esta evolución a la crisis en torno a la verdad” (VS 32). El papa santo señala que la crisis de la verdad lleva a un cambio en la concepción de la conciencia humana, que se autoexalta a sí misma como referencia suprema, como criterio último de verdad: “esta visión coincide con una ética individualista, para la cual cada uno se encuentra ante su verdad, diversa de la verdad de los demás. El individualismo, llevado a las extremas consecuencias, desemboca en la negación de la idea misma de naturaleza humana” (VS 34).

Esto es lo que ocurrió a partir del s. XVIII en Europa⁸. Esta situación de exaltación de la libertad queda magníficamente expresada por Delacroix en “La libertad guiando al pueblo”. La libertad aparece representada por una mujer semidesnuda y un niño armado, que caminan sobre los cadáveres de hombres y mujeres, mientras al fondo, en París se ven las torres de Notre-Dame entre las nubes de los escombros y la pólvora. Son imágenes que siguen siendo actuales para dibujar la concepción de libertad: un niño, que no tiene recuerdos, ni historia, sino solo futuro, posibilidades, y que armado,

⁷ Cf. E. SCOTTI, *La fidelidad que escribe la historia* (Burgos 2015).

⁸ Cf. L. MELINA, *Participar en las virtudes de Cristo* (Madrid 2004), 87: «La época moderna y contemporánea, en sus expresiones teóricas y en la conciencia común de la gente, se caracteriza por el énfasis unilateral que se pone en la libertad, que “aparece como el bien más alto, al que todos los demás vienen están subordinados”. En cambio, la reivindicación de la verdad se mira con recelo, como si implicara el peligro de oprimir la libertad».

con las armas de la tecnología ahora, avanza sin temor alguno, no sabe que pueda temer a nada. “El niño es un nuevo ser. No lleva consigo el peso del pasado. Todo (re-)comienza con él y permanece siempre inacabado. En cuanto ser sin historia, es olvido. No retiene nada. Surge siempre de nuevo. Abre a cada instante sus ojos inocentes ante la vida que devora con avidez. Pronuncia un gran “Sí” a la Vida. Su querer ignora la culpabilidad. [...] Este niño es su propio querer. Coincide perfectamente consigo mismo”⁹. La mujer semidesnuda muestra la ruptura con el pudor como modo de liberación de la persona¹⁰, que se encuadra dentro del movimiento romántico, y que forma parte de un proceso de giro copernicano en la vivencia de la sexualidad en la cultura europea¹¹.

3. EL NARCISISMO ACTUAL COMO CONSECUENCIA DEL RELATIVISMO

Desde Nietzsche, el pensamiento moderno y posmoderno ha cifrado el ser del hombre en una libertad pura, absoluta. Esta forma absoluta del hombre le ha convertido en individuo, pues ha ido deshaciendo todo tipo de vínculo que pudiera establecer, dado que toda relación se considera como un límite a la ilimitación de la libertad. Uno de los sociólogos actuales, Zygmunt Bauman, ha expresado esta exaltación de la libertad absoluta con gran acierto:

«En el mundo de la modernidad líquida, la solidez de las cosas, como ocurre con la solidez de los vínculos humanos, se interpreta como una amenaza. Cualquier juramento de lealtad, cualquier compromiso a largo plazo (y mucho más un compromiso eterno) auguran un futuro cargado de obligaciones que (inevitablemente) restringiría la libertad de movimiento y reduciría la capacidad de aprovechar las nuevas y todavía desconocidas oportunidades

⁹O. BONNEWIJN, “Mandamiento y amor. De Friedrich Nietzsche a Benedicto XVI”, en: L. MELINA – C. ANDERSON, *La Vía del Amor. Reflexiones sobre la encíclica Deus Caritas est de Benedicto XVI* (Burgos 2006) 138.

¹⁰ Es referencia fundamental la “Metafísica del pudor” de S. Juan Pablo II: Cf. K. WOJTYLA, *Amor y responsabilidad* (Madrid 2008) 213-234.

¹¹ Cf. J. J. PÉREZ-SOBA, “El ‘pansexualismo’ de la cultura actual”, en: ÍD., *El corazón de la familia* (Madrid 2006) 339-376.

en el momento en que (inevitablemente) se presenten. La perspectiva de cargar con una responsabilidad de por vida se desdeña como algo repulsivo y alarmante»¹².

Esta libertad obsesiva ha puesto a nuestra sociedad, a cada uno de nosotros, en un camino que conduce a la forma de autoafirmación deformada, narcisista. El papa señala así el vínculo entre el relativismo de lo provisorio, la libertad obsesiva y el narcisismo:

«Las consultas previas a los dos últimos sínodos sacaron a la luz diversos síntomas de la *cultura de lo provisorio*. Me refiero, por ejemplo, a la velocidad con la que las personas pasan de una relación afectiva a otra. Crean que el amor, como en las redes sociales, se puede conectar o desconectar a gusto del consumidor e incluso bloquear rápidamente. Pienso también en el temor que despierta la perspectiva de un compromiso permanente, en la obsesión por el tiempo libre, en las relaciones que miden costos y beneficios y se mantienen únicamente si son un medio para remediar la soledad, para tener protección o para recibir algún servicio. Se traslada a las relaciones afectivas lo que sucede con los objetos y el medio ambiente: todo es descartable, cada uno usa y tira, gasta y rompe, aprovecha y estruja mientras sirva. Después, ¡adiós! El narcisismo vuelve a las personas incapaces de mirar más allá de sí mismas, de sus deseos y necesidades» (AL 39).

El mito de Narciso, que muere contemplando su propia imagen, nos habla por una parte de la belleza humana, y, por otra, del riesgo que encierra en sí misma. Es verdad que la belleza humana existe para ser contemplada. Como obra divina, refleja la belleza misma de su creador. Por eso, se entiende que el hombre se rebelde cuando es descartado (cf. EG 53).

El narcisismo, al centrar a la persona sobre sí misma¹³, cosifica todo lo que la rodea, acaba por negar la dignidad personal del otro, lo reduce a un bien útil, consumible, y así lo trata. Podemos decir que “lo devora”. Este devorar al otro no parte necesariamente de un odio hacia el otro, sino más bien de un hambre insaciable. En verdad, se trata de un hambre voraz, un

¹² Z. BAUMAN, *Los retos de la educación en la modernidad líquida* (Barcelona 2008).

¹³ Sobre la construcción del sí mismo desde la perspectiva de la psicología, cf. MORENO, J. E., RESSET, S. A. y SCHMIDT, A., *El sí mismo. Una noción clave de la psicología de la persona humana* (Buenos Aires 2015).

hambre de moribundo. El narcisista, en este ansia que experimenta por cosificar todo para que gire sobre sí mismo, desvela su propio vacío interior, que, como si fuera un agujero negro, absorbe toda la luz que hay a su alrededor. De este modo, el narcisismo se asemeja a la gula, al ansia de meter la comida en la boca, solo que, en el caso del narcisista, lo que anhela es ser contemplado, lo que consume son alabanzas y reconocimientos sobre sí mismo y su valía¹⁴. El drama del narcisista es que no ha encontrado un amor que le saque de sí mismo, no ha logrado descubrir la belleza suya, la belleza humana, en otro¹⁵.

«Vivimos en una sociedad que se hace cada vez más narcisista. La libido se invierte sobre todo en la propia subjetividad (...) El sujeto narcisista no puede fijar claramente sus límites. De esta forma, se diluye el límite entre él y el otro. El mundo se le presenta solo como proyecciones de sí mismo. No es capaz de conocer al otro en su alteridad y de reconocerlo en esta alteridad. Solo hay significaciones allí donde él se reconoce a sí mismo de algún modo. Deambula por todas partes como una sombra de sí mismo, hasta que se ahoga en sí mismo»¹⁶.

Vemos que, contrariamente a lo que cabría esperar del triunfo de la libertad sobre la verdad, nos encontramos con que idolatrar la libertad conduce al hombre a una situación de gula, de desesperación, de vaciedad interior, de nueva soledad. No obstante, esta soledad no es consecuencia de que no haya nadie junto a nosotros, sino de la libertad desordenada, absoluta, que ha producido la “erosión del otro”¹⁷.

La vida del narcisista se convierte en un auténtico combate para no desaparecer, vive para sobrevivir, se ve condenado a alimentarse de experiencias que le mantengan vivo. Se ha convertido en una especie de vampiro, incapaz de ver en los demás nada, sino alimento, compensador de otras ca-

¹⁴ Un interesante ensayo sobre la relación entre hambre y sexualidad se halla en: J. NORIEGA, *No solo de sexo... Hambre, libido y felicidad: las formas del deseo* (Burgos 2012).

¹⁵ A este respecto es sugerente el análisis que ofrece sobre el acceso al otro por su rostro J. M. HERNÁNDEZ CASTELLÓN, *Diferencia sexual y trascendencia en la filosofía de Emmanuel Lévinas* (Siena 2014).

¹⁶ BYUNG-CHUL HAN, *La agonía del Eros* (Barcelona 2014), 11.

¹⁷ Cf. *Ib.*, 9.

rencias, pero que no sacia en verdad. En este proceso podemos entender perfectamente la banalización de la sexualidad, el vaciamiento de sentido del cuerpo humano¹⁸. La sexualidad se ha convertido en un objeto, en un consumible, por eso, las personas intentan saciar su hambre de sexo, se atiborran hasta el hartazgo y el vómito, como ocurre con la comida, y lo que era apetecible y bueno se convierte en algo que puede llegar a provocar un fuerte rechazo¹⁹. Sin embargo, la sensación de vacío es tal, que se vuelve una y otra vez a devorar el manjar con el anhelo de quedar satisfechos, en este momento se pueden reconocer las múltiples patologías y adicciones que la sexualidad mal vivida puede generar²⁰.

4. LA NECESIDAD DE UN CAMINO

¿Por qué ha ocurrido esto? ¿Qué es lo que ha pasado para que, lo que parecía una liberación, se haya convertido en una esclavitud? L. Melina recoge una frase del entonces cardenal Ratzinger: “desembarazarse de la verdad no produce pura libertad, sino que más bien la elimina”. Comentándola, dice: “La libertad separada de la verdad se convierte en el poder arbitrario e ilimitado de unos pocos, que esclavizan a todos los demás”²¹. Se trata de lo que se ha

¹⁸ Cf. J. NORIEGA, *El destino del Eros. Perspectivas de moral sexual* (Madrid 2005), 31: «Y ciertamente se liberó la sexualidad, con un cambio radical en las costumbres de la sociedad occidental. El sexo pasa ahora a ser un bien a disposición de las personas, un bien de uso y disfrute, un bien de consumo, explotándose para satisfacer las necesidades que genera, sin que tenga otro control en la sociedad que el principio de la tolerancia. El placer sexual viene a constituirse en el placer por excelencia y principio de referencia último, con lo que la cultura adquiere un tinte de pansexualismo que va a dificultar una percepción adecuada del lugar de la sexualidad en la vida humana».

¹⁹ Cf. A. CENCINI, *¿Ha cambiado algo en la Iglesia después de los escándalos sexuales?* (Salamanca 2016) 85 (nota 15 pie de página): «En el fondo, es la confirmación de la intuición freudiana según la cual la *libido*, cuando no es gratificada de manera regular y sistemática (mediante la pulsión de repetición) en virtud del principio del placer, crea *thanatos*, esa cierta apatía que sabe a muerte, muerte psíquica, y se manifiesta precisamente en la incapacidad para disfrutar de la vida, pero también para esa gratificación de los sentidos tan anhelada».

²⁰ Sirva como ejemplo, O. TOKUMURA, *La pornografía online. Una nueva adicción* (Madrid 2015).

²¹ MELINA, 89.

denominado “ética sin verdad”, es decir, una propuesta de vida en la que el principio básico es el relativismo, y, por lo tanto, la consecuencia final es el “todo vale”, que en el fondo no es sino una forma de la tentación originaria, “seréis como dioses”²². El camino de búsqueda de la libertad ha llevado al hombre a un intento de romper cualquier tipo de vínculo que le constriñese, empezando por Dios, siguiendo por la verdad, pasando después por las relaciones personales, sociales y familiares, y acabando con la relación constitutiva del hombre, esto es, su ser uno en cuerpo y alma²³. Por tanto, el camino recorrido en búsqueda de la afirmación de la persona ha acabado precisamente en la destrucción de la misma, en su aniquilación. Es el proceso de licuefacción llevado a cabo desde la modernidad, proceso del que Bauman se ha convertido en profeta principal.

Por tanto, si la situación actual responde a una situación de desmontaje del hombre mediante el desmantelamiento de sus relaciones, para poder recuperar a la persona es necesario que recuperemos sus relaciones²⁴. Como ya indicase S. Juan Pablo II, en el desarrollo de su *teología del cuerpo*, siguiendo las palabras de Jesús, es necesario un retorno al principio, porque “Al principio no era así” (Mt 19, 8). Para reconstruir a la persona es necesario volver a la experiencia del encuentro. De nuevo, son luminosas las palabras del papa Francisco: “Es el encuentro con un rostro, con un *tú* que refleja el amor divino y es *el comienzo de la fortuna, una ayuda semejante a él y una columna de apoyo* (Si 36, 24), como dice un sabio bíblico. [...] De este encuentro, que sana la soledad, surgen la generación y la familia” (AL 12.13).

El encuentro entre Adán y Eva se convierte en paradigma del encuentro personal, en particular del matrimonio, como un modo de relación que arranca al hombre de su soledad y lo hace sólido en la relación. Esta unión, señala

²² Ib., 88: «Ratzinger ha identificado correctamente el núcleo teológico de este deseo absoluto de libertad con la delirante pretensión de rechazar la propia naturalidad para poder llegar a “ser como Dios” (Gn 3, 5) e independiente de todo, como si el hombre careciera de una naturaleza dada y de relaciones constitutivas con otros sujetos, que son fuentes de responsabilidad y de obligaciones morales».

²³ Aquí se encuadra todo el problema de la teoría del género. Cf. AA.VV., *Mujer y varón. ¿Misterio o autoconstrucción?* (Madrid 2008).

²⁴ Sobre el tema de la relacionalidad, cf. P. DONATI, *Manuale di sociologia della familia* (Roma-Bari 2009); ID., *La familia como raíz de la sociedad* (Madrid 2013).

el papa Francisco, “en el original hebreo indica una estrecha sintonía, una adhesión física e interior, hasta el punto que se utiliza para describir la unión con Dios: “Mi alma está unida a ti” (Sal 63, 9), canta el orante. Se evoca así la unión matrimonial no solamente en su dimensión sexual y corpórea sino también en su donación voluntaria de amor” (AL 13).

5. RELACIONALIDAD Y RELACIONES: DIMENSIONES DEL AFECTO

La afectividad es una forma de relación, la más básica e inmediata. La afectividad hace referencia a la forma de relación que se establece con la realidad. Es una relación que no es meramente corpórea, o meramente psicológica, sino que implica ambas dimensiones de lo humano. Este vínculo viene dado porque no hay más modo de percibir la realidad que mediante el cuerpo, ni hay más modo de expresar la interioridad, la intimidad, que mediante el cuerpo²⁵.

Esta concepción de la afectividad recoloca la comprensión de los sentimientos en la vida de las personas. El sentimiento es consecuencia de una experiencia afectiva, el sedimento interior de la misma. Ciertamente, el sentimiento hace referencia a la vivencia interior, íntima, personal, sin embargo, no hay posibilidad de este sedimento si no ha habido experiencia afectiva previa, si no ha habido relación. El sentimiento no se autogenera, sino que deriva de la experiencia afectiva ante la presencia del otro.

En la sociedad posmoderna occidental, al haberse hipertrofiado al individuo, como hemos señalado en la referencia al proceso de licuefacción, el sentimiento va adquiriendo un papel predominante, que vacía la verdad del proceso afectivo, al dar una supremacía a la experiencia íntima sobre la relacionalidad propia del afecto. Como decíamos anteriormente, se busca el sentimiento como bien consumible, frente al afecto como bien relacional.

Donati explica que los bienes relacionales son aquellos que permiten a la persona perseguir su propio bien en el ámbito de la relación. Es necesario comprender que la relación es un bien, aunque no sea un bien material, men-

²⁵ Es necesario hoy día recuperar este sentido del afecto, que fue transmitido por la tradición clásica, pero que posteriormente se abandonó. Cf. R. SACRISTÁN, *Ipsa unio est amor. Estudio del dinamismo afectivo en la obra de santo Tomás de Aquino* (Madrid 2013).

surable. El bien relacional vincula a las personas, mientras que la relación con otro tipo de bienes tiende a ser utilitaria, como, por ejemplo, puede ocurrir con la comida, el vestido, etc²⁶.

La relación construye a la persona desde el principio de su ser²⁷. Este principio no se halla solo en su nacimiento, sino incluso antes de su concepción²⁸. Cuando los padres deciden mutuamente tener un hijo, acoger a una persona en su intimidad familiar, aparece la persona. Esto ocurre incluso en el caso de la reproducción asistida o la clonación. La persona responde a la llamada de otros, no es nunca un “yo-aislado”, sino siempre un “nosotros”, es siempre un ser en relación²⁹. Como venimos viendo, la afectividad humana es el camino para poder construir esta comunión, sin embargo, en la cultura occidental actual, la comprensión de la afectividad parece estar muy distante del intento de construir esta comunión. Veamos por qué.

6. EL AMOR-AFECTO AL AMOR-COMUNIÓN

En *Amoris laetitia*, dice el papa que “no podemos prometernos tener los mismos sentimientos durante toda la vida. En cambio, sí podemos tener un proyecto común estable, comprometernos a amarnos y a vivir unidos hasta que la muerte nos separe, y vivir siempre una rica intimidad. El amor que nos prometemos supera toda emoción, sentimiento o estado de ánimo, aunque pueda incluirlos” (AL 163).

²⁶ P. DONATI, *La familia como raíz de la sociedad* (Madrid 2013).

²⁷ Así lo expresa el papa FRANCISCO: «La persona vive siempre en relación. Proviene de otros, pertenece a otros, su vida se ensancha en el encuentro con otros. Incluso el conocimiento de sí, la misma autoconciencia, es relacional, y está vinculada a otros que nos han precedido: en primer lugar nuestros padres, que no san dado la vida y el nombre» (LF 38).

²⁸ Cf. R. SACRISTÁN, “*Les he dado a conocer tu nombre* (Jn 17, 26). La comunicación trinitaria como modelo de la comunión esponsal y paterno-filial”, *Cuadernos de Pensamiento* 27 (2014), 21-40, en concreto pp. 31-34.

²⁹ Cf. F. WILHELMSSEN, *La metafísica del amor* (Madrid 1964), 26-27: «Sería preferible describir a la persona humana, no en términos de incomunicabilidad, sino en términos de comunicación e incluso de comunión. La persona no se circunscribe al ser ni se describe adecuadamente en términos del yo aislado. La personalidad no está constituida por un “yo”, sino por un “nosotros”».

El papa sigue aquí una distinción que ya señaló con rotundidad Benedicto XVI en *Deus caritas est*, entre amor-eros y amor-ágape³⁰. El hecho de que se pueda distinguir entre estos dos momentos o dimensiones del amor, no significa que se puedan separar. Al contrario, precisamente en la ruptura del vínculo entre ambos radica el drama de la dificultad para vivir el amor actualmente, como señalaba Benedicto XVI, “cuando las dos dimensiones se separan completamente una de otra, se produce una caricatura o, en todo caso, una forma mermada del amor” (DCE 8). Esta es precisamente la situación en que se encuentra nuestra sociedad, que ha hipertrofiado el amor-eros en detrimento del amor-ágape. Esta supremacía del amor-eros deja a la persona a solas con sus emociones, encerrada en sí misma, desarrollándose este carácter narcisista del que hemos hablado anteriormente³¹.

Podemos hallar las raíces de esa situación en una peculiar consideración acerca de la vida. Con la crisis religiosa europea del s. XVII y el desarrollo del ateísmo, la vida humana ha ido quedando reducida al espacio temporal entre el nacimiento y la muerte. Este lapso de tiempo siempre es breve, pues “aunque uno viva setenta años, y el más robusto hasta ochenta, la mayor parte son fatiga inútil, porque pasan aprisa y vuelan” (Sal 90/89, 10). La desaparición del horizonte de eternidad reduce la vida del hombre a nada. Es entonces cuando, ante el vértigo que provoca el abismo de la nada y la inexistencia, el hombre se refugia en el momento presente como única posibilidad vital. La vida humana se convierte en algo caduco, y por tanto siempre pequeño, frágil. Para disimular esta realidad, el hombre se impone a sí mismo el lema del *carpe diem*, enalteciendo el momento presente a modo de muro que impida ver el precipicio de la inexistencia, con la esperanza de que así al menos, no verá llegar el momento final, sino que le sorprenderá en su goce del presente³².

Sin embargo, el propio dinamismo del afecto avisa de lo contrario. La reacción afectiva no acaba en el disfrute sensible del momento inicial, sino que

³⁰ Cf. BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 3-8.

³¹ Cf. J. NORIEGA, *Eros e Agape nella vita coniugale* (Siena 2008).

³² A este modo de vivir corresponde la comprensión romántica del amor, que exalta el momento actual en detrimento de la construcción de una historia común. Cf. BYUNG-CHUL HAN, 31-46.

ese es solo su comienzo. En su núcleo se halla una llamada, una invitación a algo más grande: la comunión con el amado.

La afectividad se caracteriza por ser un modo de relación con la realidad que nos configura interiormente. Es decir, gracias a la dimensión afectiva, la realidad que nos circunda no queda fuera de nosotros, ni tampoco la asumimos nosotros haciéndola desaparecer, sino que se une con nosotros, y nos hace ser de un modo nuevo, diferente a lo que éramos antes³³. La reacción afectiva no consiste en un mero conocimiento de que algo está ahí, o de que ese algo es apetecible, sino que, precisamente porque está ahí, delante de mí, y es apetecible para mí, yo cambio, pues ya no soy yo, sino yo-con-la-realidad, esta es la nueva realidad que produce el afecto, y que consiste, como decimos, en un modo de unión. Es propio de la unión que no desaparezca ninguno de los términos que se unen. En el caso de la presencia de una persona, esto se traduce en el paso del *yo* al *nosotros*.

Este paso supone la ruptura del ensimismamiento, del egoísmo, del narcisismo. Esta ruptura se produce cuando, gracias a la unión afectiva, la persona intuye y gusta el vínculo con otra persona. La reacción afectiva ante el otro se convierte en una especie de brecha en el muro de la persona que la permite descubrirse a sí misma de un modo distinto a como lo hacía hasta ese momento. El momento de este descubrimiento es placentero, evidentemente. Pero no acaba ahí.

La dimensión afectiva del hombre tiene una originalidad propia que va más allá de lo meramente sensible y que tampoco coincide con lo intelectual, sino que es una original combinación de ambas dimensiones, sensible e intelectual. No se detiene en el bien placentero, sino que busca también que sea verdadero. Aquí se hace necesario recordar que el concepto de verdad requiere la perdurabilidad, justo al contrario que lo falso, que se descubre por la brevedad de su apariencia. De este modo, el requerimiento de la verdad introduce en el dinamismo del afecto una nueva coordenada, el tiempo³⁴.

³³ En el desarrollo de su obra, Sto. Tomás de Aquino fue consciente de estas dificultades al buscar términos con que definir el afecto, como *transformatio*, *inclinatio*, *proportio*, *habitud*, *coaptatio*, hasta llegar a definir el amor como *unio affectus*. Cf. R. SACRISTÁN, *Ipsa unio est amor*.

³⁴ Cf. A. FUMAGALLI, *Azione e tempo* (Asís 2002).

La pregunta por la durabilidad de la unión afectiva abre un camino para la persona, un camino que consiste en mantener el vínculo que se ha establecido, hacerlo firme, permanente. De este modo, la unión afectiva es el comienzo de una verdadera historia del amor, que tiene como desafío la permanencia de la unión, el desarrollo de una comunión de personas³⁵. Estas afirmaciones no suponen que haya que decir que la reacción afectiva inicial sea falsa, al contrario. El amor, en cuanto comunión, es la verdad; en cuanto sentimiento, tiene una verdad propia que conduce a la verdad de la comunión³⁶.

Se abre así el camino del noviazgo, como un tiempo de conocimiento del otro, en el cual, el amor va madurando conforme van teniendo lugar distintos momentos y situaciones que nos descubren al otro en su realidad, y no en la percepción inicial que hayamos tenido³⁷. No nos casamos para cambiar al otro, sino para custodiarlo. En la homilía de la misa de inauguración de su pontificado, el papa Francisco describió bellamente esta tarea de custodiar al otro según la figura de S. José. Sus palabras son todo un plan de vida para la vida matrimonial:

«¿Cómo vive José su vocación como custodio de María, de Jesús, de la Iglesia? Con la atención constante a Dios, abierto a sus signos, disponible a su proyecto, y no tanto al propio (...). José es custodio porque sabe escuchar a Dios, se deja guiar por su voluntad, y precisamente por eso es más sensible aún a las personas que se le han confiado, sabe cómo leer con realismo los acontecimientos, está atento a lo que le rodea, y sabe tomar las decisiones más sensatas. En él, queridos amigos, vemos cómo se responde a la llamada de Dios, con disponibilidad, con prontitud; pero vemos también cuál es el centro de la vocación cristiana: Cristo»³⁸.

³⁵ Cf. J. J. PÉREZ-SOBA, “Presencia, encuentro y comunión”, en: L. MELINA, J. NORIEGA y J. J. PÉREZ-SOBA, *La plenitud del obrar cristiano* (Madrid 2001).

³⁶ Los obispos españoles insistieron en la importancia de una adecuada comprensión del amor humano; cf. CEE, *La verdad del amor humano* (XCIX Asamblea Plenaria, Madrid 2012).

³⁷ La misma CEE, años antes, había hablado ya sobre la necesidad atender cuidadosamente el tiempo del noviazgo y la preparación del matrimonio, cf. CEE, *Directorio para la Pastoral Familiar en España* (LXXXI Asamblea Plenaria, Madrid 2003).

³⁸ FRANCISCO, *Homilía en la misa del solemne inicio del ministerio petrino del obispo de Roma*, 19 de marzo de 2013.

El noviazgo es un baño de realismo para no idealizar falsamente al otro, sino para conocerle y decidirse a entregarse. La persona madura se caracteriza por ser capaz de acoger al otro en su realidad concreta, no piensa “ya le cambiaré”. Esta falta de realismo es síntoma de inmadurez. El papa Francisco advierte del riesgo de esta falta de realismo y de madurez, al señalar que “una de las causas que llevan a rupturas matrimoniales es tener expectativas demasiado altas sobre la vida conyugal” (AL 221)³⁹.

Lo propio del amor maduro es, como señala el papa, la capacidad “para volver a elegir al otro como compañero de camino, más allá de los límites de la relación, y aceptan con realismo que no pueda satisfacer todos los sueños acariciados” (AL 238). El amor maduro, por tanto, acaba siendo configurado como una elección constante del otro como modo de ser uno mismo, es decir, podríamos definir a los esposos como aquellos que se eligen de modo recíproco constantemente, día tras día. El amor ha pasado de ser una reacción de un instante a ser una elección constante, ha pasado de la inicial sensación placentera al acto repetido de elección voluntaria. Este paso solo es posible si se llega a un descubrimiento del otro en su realidad concreta como algo bueno, digno de ser custodiado, y que, además, quiero ser yo quien lo custodie, porque es bueno para mí estar contigo. Este proceso de evolución en el amor, de verdadero crecimiento, es el que tiene que constatar en el tiempo del noviazgo, y su resolución dará paso bien a la ruptura de la relación, bien al matrimonio.

Un amor que no sea realista, que no logre conocer al otro como es, es “un amor débil o enfermo, incapaz de aceptar el matrimonio como un desafío que requiere luchar, renacer, reinventarse y empezar siempre de nuevo, hasta la muerte, no puede sostener un nivel alto de compromiso” (AL 124).

³⁹ En el mismo sentido se expresa DONATI, 54.55: «Hay un fenómeno de “idealización de la familia”. Los jóvenes esperan de la familia mucho más que en el pasado, aunque en términos no ya materiales, sino decididamente simbólicos y expresivos. [...] Aquí está también la debilidad típica de la familia actual: por un lado, está el hecho de que las expectativas afectivas y emocionales son tan elevadas que no encuentran respuesta en la capacidad humana del *partner*; por otro, está el hecho de que los elementos materiales e instrumentales vinculados con las exigencias de la vida cotidiana se minusvaloran».

7. EL CAMINO DEL AMOR

Hemos visto, en la reflexión que hemos hecho hasta ahora, que el drama de la situación actual del hombre es una carencia grave de vínculos estables que le permitan situarse en la vida. Además, es justamente esta carencia la causa por la que resulta difícil establecer nuevos vínculos. En conclusión, tenemos a un hombre solitario en un círculo vicioso, o más bien un remolino vicioso, que le hunde cada vez más en sí mismo. La autora M. C. Nussbaum recoge en uno de sus libros un pasaje de una novela en el que el protagonista está determinándose a abandonar a su pareja porque ya no la ama. En ese momento irrumpe en escena el mayordomo anunciando que la mujer se ha marchado. Este anuncio provoca en el protagonista un vuelco tal en el corazón que no tiene más remedio que reconocer que toda su elaboración resulta ser falsa, pues la conmoción interior le indica con claridad que ama a esa mujer⁴⁰.

La convulsión afectiva de este hombre es un signo de la presencia que la mujer tenía en su corazón. En verdad, él estaba unido interiormente, afectivamente, a ella, por más que él buscara una justificación racional para dejarla; esta es la razón por la que la partida de ella es sentida como un terremoto. Este sencillo ejemplo nos explica con claridad cómo son los lazos del afecto, cómo el afecto nos hace de brújula, de localizador, para saber quiénes somos, dónde estamos. En el ejemplo, el hombre se pudo reconocer como “amante-de-aquella-mujer”. Por desgracia, al igual que en el caso citado, muchas veces no percibimos estos lazos sino cuando se rompen.

El ejemplo nos sirve para poder mostrar que el afecto tiene una función esencial en la identificación de la persona, en la construcción de la identidad relacional propia. Los lazos afectivos se convierten en puentes que nos permiten superar el narcisismo, la soledad, en definitiva, la muerte. La superación del drama de la soledad humana actual pasa por recuperar una adecuada lectura del mundo afectivo.

Señalo que ha de ser “adecuada”, porque de otro modo no lograríamos superar la dificultad actual. Al decir adecuada es necesario señalar una ver-

⁴⁰ Cf. M. C. NUSSBAUM, *Love's Knowledge. Essays on philosophy and literature* (Oxford 1990), 263-264.

dad del afecto que hemos indicado de modo tácito anteriormente. La reacción afectiva ante la presencia del otro va más allá del momento concreto, se extiende a la construcción de una comunión, de una historia que narra la felicidad personal a modo de custodia del otro, de querer vivir con el otro para siempre. El afecto, así entendido, abre al hombre a un camino, lo saca de la vorágine del torbellino.

Hoy día es necesario desarrollar una hermenéutica del afecto que permita a las personas superar el drama de hallarse desorientados. La afectividad tiene un sentido propio, interno a sí mismo, que, como hemos apuntado, permite ordenar las reacciones afectivas. La primera reacción afectiva ante la presencia de otra persona, por el mero hecho de tratarse de una persona, de un igual, es positiva, a no ser que tengamos otras razones para temer a dicha persona⁴¹. La unión amorosa inicial, que la teoría clásica ha denominado *unión afectiva*, es una unión interior, intencional, que hace referencia a la presencia del otro en mí, hasta el punto de configurarme interiormente como un “nosotros”. Sin embargo, dado que el hombre, además de su componente anímico, tiene un cuerpo, es necesario que esa unión interior “tome cuerpo”, es decir, que se exprese corporalmente. A esta unión, la teoría clásica la ha denominado *gozo* o *unión real*. Entre ambos modos de unión media el *deseo*, como puente indispensable para desarrollar las acciones necesarias que posibiliten el gozo de la unión real. Esta tríada, *amor-deseo-gozo*, es la vía regia del amor, aquella por la cual el hombre es capaz de, habiendo descubierto a la mujer, salir de su soledad para crear una comunión.

Esta comunión no es “pasar un tiempo juntos”, sino que tiene en sí un germen de perpetuidad, pide un “para siempre”. Como dice el papa en nuestra exhortación: “Seamos sinceros y reconozcamos las señales de la realidad: quien está enamorado no se plantea que esa relación pueda ser solo por un tiempo” (AL 123). La exigencia de perpetuidad radica en que, de otro modo,

⁴¹ La película “Del revés (*Inside out*)” (Pixar 2015), presenta perfectamente este aspecto. El primer personaje del mundo de las emociones que aparece es “Alegría”, que viene a ser, en la teoría clásica de los afectos, el amor, entendido como pasión originaria. De este modo, con un lenguaje cinematográfico propio, se plantea que la persona humana tiene una disposición positiva, amorosa, de unión con la realidad. En esta originalidad del amor hallamos toda una clave antropológica que corrobora lo que hemos expuesto al inicio de nuestra reflexión.

el gozo se vería truncado, y nadie empezaría a andar por un camino que sabe que se acaba, “en la naturaleza misma del amor conyugal está la apertura a lo definitivo” (AL 123).

8. PRIMEROS PELIGROS EN EL CAMINO

Tres son los primeros peligros que pueden dificultar el tránsito por este camino. El primero es el temor a no ser correspondido, a la no-reciprocidad. Por el miedo al rechazo, hay personas que pueden no dar ni siquiera el primer paso, que sería confiar en que puedo suscitar el interés por mí en la otra persona. Es un miedo propio de quien no ha sido amado profundamente.

La fragilidad del amor parental en nuestra sociedad, herida por el desamor y el divorcio, genera en las personas una autoestima baja, dañada, con dificultades serias para establecer relaciones. Además, hace que las personas se protejan en su debilidad mediante mecanismos defensivos, que varían según el desarrollo personal de cada uno, pero que pueden ir desde una constante llamada de atención sobre uno mismo, a un deseo de dominio del otro, con múltiples formas, incluido el chantaje emocional, para evitar la pérdida del otro. En el fondo, se trata de un modo de autodefensa. La herida del desamor y sus consecuencias para la vida social no han sido aún suficientemente señaladas, sino que, en aras de la libertad, se ha ocultado este drama. Así, so capa de ser libre, se oculta el verdadero temor a ser rechazado.

Un segundo peligro consiste en fagocitar al otro. En este caso se produce algo que tiene su parangón en aquel intento de las religiones primitivas, que comían devocionalmente las presas que cazaban con la intención de adquirir sus propiedades. De nuevo aquí vemos la fragilidad de la persona, su vacío interior, que le lleva a considerar al otro no como una posibilidad de vida común, sino como medio de subsistencia. Este tipo de personas utilizan al otro, en la mayoría de los casos de modo inconsciente, para sobrevivir ellos mismos. Suele tratarse de personas con heridas narcisistas, que reclaman constantemente aduladores. Se desarrollan en este caso conductas de sometimiento del otro, de un verdadero abuso y robo de la dignidad del otro.

El tercer peligro es el caso opuesto al anterior: consiste en idolatrar al

otro. Estas personas tienen en tal alta consideración al otro que lo divinizan, y consagran su vida al otro. Su fragilidad, en este caso, les lleva a sublimar al otro, de tal modo que su misma existencia dependerá de que el otro exista. En este caso, la herida de desamor se desarrolla hacia formas de sumisión y anulación de sí mismo. Son casos en los que se ha podido sufrir un abandono, real o afectivo, y se busca “comprar sumisamente el amor”. De nuevo nos encontramos con un vacío interior grande.

Es muy importante, en los tres casos, reconocer la herida que lleva la persona, pues de otro modo podemos caer en juicios incompletos sobre las personas, que nos conduzcan a tomar medidas inadecuadas para solucionar posibles problemas. Como hemos señalado, en los tres casos, las dificultades para transitar la vía del amor radican en no haber hecho experiencia del amor anteriormente. Vemos, por sorprendente que parezca a algunos, que el amor debe ser enseñado y aprendido.

9. ENSEÑAR EL AMOR PARA CRECER EN EL AMOR

En función de lo que hemos señalado hasta ahora, el medio más adecuado para asegurar la vida matrimonial consiste en cuidar con esmero a los hijos, para que puedan aprender a amar en el seno de la familia. La Iglesia no puede dejar de llamar la atención sobre este aspecto: si queremos acabar con la pandemia de la fragilidad humana actual, no hay otro camino que amar a los hijos. El origen del drama no son los divorcios, sino la debilidad humana de las personas. No es que no quieran construir vínculos estables, es que están en una situación de verdadera incapacidad para hacerlo.

Por tanto, la solución a este problema pasa por reconocer la raíz del mismo, la soledad y la fragilidad, y, a partir de esta situación, trazar puentes, acercarnos a los demás según el modo del amor. ¿En qué consiste este modo? En vincular nuestra vida con la del otro. El rasgo definitorio del amor maduro es la elección constante del otro en su realidad concreta y frágil; esta elección también se realiza desde la propia fragilidad. La fragilidad no puede ser excusa para no amar, sino el punto de partida real. El papa señala esto al hablar del “amor amable”: “Para disponerse a un verdadero encuentro con el

otro, se requiere una mirada puesta en él. Esto no es posible cuando reina un pesimismo que destaca los defectos y errores ajenos, quizá para compensar los propios complejos. Una mirada amable permite que no nos detengamos tanto en sus límites, y así podamos tolerarlo y unirnos en un proyecto común, aunque seamos diferentes. El amor amable genera vínculos, cultiva lazos, crea nuevas redes de integración, construir una trama social firme” (AL 100).

El amante *elige* al amado, y se ofrece a él como compañía fiel. El amor crece y madura precisamente en la elección continuada del otro como compañero. El término *compañero*, derivado del latín, hace referencia a los que comen el mismo pan; por lo tanto, revela una igualdad entre aquellos que se sientan a la misma mesa. Esta luz nos permite ver cómo se superan las tres dificultades que señalamos anteriormente. Existe una aceptación recíproca, en clave de igualdad, ni para adular ni para ser adulado. No se puede pedir que sea capaz de acompañar, de sentarse a la mesa de la vida cotidiana, a aquel que no ha sido acompañado.

La elección repetida del otro como compañero tiene como consecuencia real la no elección de otros. Esta realidad hace que muchos piensen que la elección repetida del otro, el amor maduro, suponga la pérdida de otras posibilidades, quizá más apetitosas. Sin embargo, el amor no consiste en “rechazar a otros”, sino en “elegir repetidamente al mismo”. La alegría del amor aparece cuando somos “repetidamente elegidos”. El amor crece con cada una de estas repeticiones, se hace más fuerte⁴².

La reflexión sobre el término *compañero* nos lleva a un aspecto más que no hemos citado. Se trata de la intención de un fin. Nos juntamos con el otro *para* comer con él. Ambos buscamos un fin común: comer juntos, vivir unidos. La amistad como compañía tiene el rasgo de que traza un camino para ambos. El fin de la amistad, de la compañía es justamente caminar juntos, afrontar unidos lo que vaya sucediendo. La amistad consiste, pues, en decir al otro: “Quiero vivir *contigo*”.

Por lo tanto, la invitación ha de ser a descubrir la grandeza y la belleza

⁴² No podemos olvidar aquí el modo magistral de presentar el amor de amistad que hizo A. SAINT-EXUPÉRY, *El Principito*, en el diálogo entre el pequeño príncipe y el zorro (cap. XXI).

del haber sido “repetidamente elegidos”. Cuando descubro esto, entonces descubro quién soy, me descubro en la relación con el otro, con los otros, me descubro “re-ligado”, ligado-repetidamente. Crecer en el amor se convierte en el proceso contrario a la licuefacción posmoderna. El amor es justamente lo opuesto a la disolución de los vínculos. Por tanto, es necesario llamar la atención sobre la situación del amor posmoderno, que rechaza todo vínculo. Se trata de un amor frágil, incapaz de escribir una historia de elecciones, que va encerrando a la persona en sí mismo y la va debilitando, hasta anularla y hacerla morir por inanición, porque le impide tener “compañeros”.

Tanto los hijos, como los novios, como los recién casados, como los matrimonios que cuentan años de vida común, tienen necesidad de esta compañía⁴³. Igual que los hijos necesitan ser acogidos por los padres primeramente y luego por el resto de la sociedad, así también lo necesitan las parejas de novios. El noviazgo requiere una acogida social, que no es ciertamente pública, como sí lo es el matrimonio, sino en los círculos sociales de los novios, a saber, familias, amigos, etc (cf. AL 205-211). Lo mismo ocurre en el matrimonio, también necesita ser acogido⁴⁴. El papa insiste en esta “exigencia de un acompañamiento pastoral que continúe después de la celebración del sacramento” (AL 223), y propone algunos caminos (cf. AL 223-230).

Esta necesidad de acoger a la pareja como tal, ya sea de novios o de esposos, pone de manifiesto que ya no son dos, sino uno, y que, por tanto, el trato con cada uno de ellos lleva implícitamente la referencia al otro, aun cuando no esté presente. Obviar este sello del amor es no conocer el amor, no comprender su realidad vinculante, tanto de la pareja entre sí como de la pareja con el resto de la sociedad. Por tanto, podemos concluir que el intento de privatizar el matrimonio es un intento real de destruir a la persona en su identidad más íntima, la identidad amorosa. Ante esta situación, el reto consiste en reconocer estos vínculos. Un medio son las asociaciones de familias, los grupos de novios o de esposos, u

⁴³ J. J. PÉREZ-SOBA, *¿Qué acompañamiento abre una esperanza?* (Burgos 2016).

⁴⁴ Cf. L. MELINA, “Non è bene che la coppia sia sola”, en: ID. (ed.), *I primi anni di matrimonio* (Siena 2014), 11: «È probabile che la causa principale dei problemi attuali dei coniugi nei loro primi anni è quello di cercare di risolvere le loro difficoltà da soli».

otras realidades, en las que se reconozca a la familia, a la pareja o al matrimonio como entidad, y no como agregado de miembros⁴⁵. Una característica de estas agrupaciones es que han de tener un fin común conocido por todos. No se trata de un mero “estar apuntado”, sino de una “colaboración” real, de un “con-vivir”⁴⁶. De nuevo, nos encontramos con la dificultad de elegir a unos y no a otros. Ante esta situación, hay que recordar que la elección de uno no se hace por desprecio de otro, sino por afirmación de uno mismo, y, desde esta afirmación, se reordenarán las relaciones con los otros. De este modo, estaremos regenerando el verdadero tejido social, estaremos regenerando la sociedad, pues, como hemos señalado, la sociedad es una red de compañías.

En este acompañamiento es fácil ver el dinamismo de la Encarnación. En Jesucristo, Dios se ha hecho compañero del hombre, ha elegido caminar con su criatura. Esta elección, que ya se había iniciado en Abrahán a modo personal, y en el Éxodo en cuanto pueblo, alcanza su plenitud en la Encarnación. Si bien todos los pasajes evangélicos muestran este misterio de la compañía, quizá el que mejor lo refleje es la aparición del Resucitado a los dos de Emaús (cf. Lc 24, 13-35). Jesús se acerca a aquellos dos discípulos suyos, les sale al encuentro y se pone a caminar con ellos, por un camino que acabará en el compartir la mesa. Este pasaje ilumina el modo propio de la pastoral eclesial. Es un modo de pastoral propositiva, es decir, que se funda en proponer una compañía segura, la de Cristo⁴⁷.

⁴⁵ Insistían en ello los obispos españoles, cf. CEE, *Directorio de la Pastoral Familiar de la Iglesia en España*, cap. VII.

⁴⁶ Existen propuestas concretas que pretenden ayudar a las familias en las dificultades propias del camino de la vida, y que se fundamentan en la escucha, el desarrollo de la capacidad de reflexión sobre los propios problemas y la toma de decisiones. Cf. E. SCABINI – V. CIGOLI, *La identidad relacional de la familia* (Madrid 2014) 155-203.

⁴⁷ Cf. J. J. PÉREZ-SOBA, “Lo sposo è con voi (cf. Mt 9, 15). L’attenzione pastorale alle famiglie nei primi anni di matrimonio”, en: L. MELINA (ed.), *I primi anni di matrimonio*, 13-37. El artículo toma nombre de la reflexión del papa Juan Pablo II sobre la pastoral matrimonial en la *Carta a las familias*, y plantea el acompañamiento como modo propio de esta pastoral.

10. LAS DIFICULTADES EN EL CRECIMIENTO EN EL AMOR

Nadie que haya seguido nuestra reflexión puede obviar que venimos hablando de acoger al otro en su debilidad, en su fragilidad, y esto, en muchas ocasiones puede producir dolor. ¿Cómo seguir eligiendo al otro cuando me hace daño? Hemos señalado que la acogida se hace en lo concreto del otro, y esto supone acoger su debilidad, su fragilidad. La presencia del dolor y del sufrimiento en la familia no es algo ajeno o desconocido para la Iglesia. El papa Francisco recuerda que “la Palabra de Dios no se muestra como una secuencia de tesis abstractas, sino como una compañera de viaje también para las familias que están en crisis o en medio de algún dolor, y les muestra la meta del camino, cuando Dios enjugará las lágrimas de sus ojos. Ya no habrá muerte, ni luto, ni dolor” (AL 22)⁴⁸.

La dificultad puede venir tanto del crecimiento de la persona como del crecimiento de la pareja. La atención a los ciclos vitales y a las crisis de crecimiento es una necesidad que se obvia muchas veces, en ocasiones por la distorsión que las consecuencias del desamor acarrearán tanto para las personas como para las parejas⁴⁹.

El paso del noviazgo al matrimonio, la llegada de los hijos (cf. AL 168-177)⁵⁰ y su crecimiento, situaciones referentes al trabajo, las enfermedades, situaciones diversas de otros familiares o conocidos, son los primeros momentos difíciles (cf. AL 231-252).

Otro de los aspectos esenciales en la vida conyugal son las relaciones

⁴⁸ Además, dedica un largo número de puntos de la exhortación a enumerar distintas dificultades actuales que acechan a la familia: cultura de lo provisorio, narcisismo, dificultades económicas, laborales, debilitamiento de la fe, falta de una vivienda digna, rechazo socio-cultural de la familia, niños no nacidos en familias, familias reconstruidas, migraciones, enfermedad y discapacidad, ancianidad, eutanasia, drogadicción y otras dependencias, violencia intrafamiliar... (cf. AL 39-54).

⁴⁹ La bibliografía en este campo es, sin embargo, abundante. No obstante, la cuestión de ayudar a los matrimonios a que perduren parece no importar demasiado a la opinión pública. Una presentación interesante, desde la perspectiva de la terapia familiar sistémica la encontramos en: J. A. RÍOS, *Los ciclos vitales de la familia y la pareja* (Madrid 2004); desde la sociología, podemos consultar: SCABINI – CIGOLI, 45-153.

⁵⁰ La importancia dada a los hijos en AL queda patente por la dedicación de todo un capítulo, el VII, a este tema.

sexuales. Las dificultades derivan de múltiples cuestiones. Una primera, la adaptación de los ritmos sexuales de los esposos, cuestión que requiere diálogo para salir de uno mismo y atender a la situación del otro. En segundo lugar, el ejercicio prudente de la paternidad responsable, que requiere un trabajo delicado de conocimiento del ritmo menstrual de la mujer. En tercer y último lugar, aunque no menos importante, citaremos la influencia del pansexualismo dominante, que interfiere gravemente en la vida sexual tanto de las personas solteras, como de las parejas de novios y matrimonios. El Papa señala justamente que “un sano erotismo, si bien está unido a una búsqueda de placer, supone la admiración, y por eso puede humanizar los impulsos” (AL 151). Como vemos, la admiración por el otro, la sorpresa ante él, lleva a mantener la mirada puesta en sus ojos, en su corazón, y de este modo se evita la manipulación sexual (cf. AL 153-157).

Cómo no, finalmente, el envejecimiento, la ancianidad (cf. AL 191-193) y la muerte (cf. AL 253-258), son situaciones de prueba para el amor, en las cuales se hace necesario reelegir una y otra vez al otro cónyuge y a los hijos. Es en estos momentos graves cuando se puede comprobar la madurez del amor. La experiencia pastoral muestra casos de una gran belleza en este proceso de madurez. No son pocos los matrimonios que, a los inicios, no soportarían ver enfermar e incluso morir al cónyuge, y preferirían ser ellos mismos quienes muriesen en lugar del otro. Sin negar la belleza de quien quiere sufrir para que el otro no sufra, en estas situaciones puede haber un temor a no ser capaz de seguir adelante sin el otro, a enfermar y morir de un modo, podríamos decir, pasivo. Son situaciones en las que puede descubrirse una cierta debilidad en el que queda sano. Es una forma derivada del amor romántico, tipificado en la muerte de Julieta, que no puede vivir si Romeo ha muerto, y viceversa. Sin embargo, y he aquí el proceso de maduración, el correr del tiempo lleva al amor a un punto nuevo, insospechado a los inicios, en el cual, el cónyuge sano se alegra de su salud porque puede atender al enfermo, y desea profundamente poder cuidarlo hasta la muerte, sujetando su mano en dicho trance, para que no se sienta solo al morir. Se trata de acompañar hasta el final. El testimonio de muchos matrimonios en este momento es verdaderamente edificante, y es necesario poder mostrarlo a los novios como algo grande y bello. En este punto, el cónyuge sano ve en su

salud la oportunidad de librar al enfermo del dolor que supondrá vivir solo tras la muerte del otro; conoce el dolor de la soledad, como ya lo había intuido desde los inicios, pero su amor por el otro le lleva a querer sufrirla él, y no el otro. Es un amor maduro el que busca el bien del amado, incluso teniendo que sufrir él.

En estas situaciones de debilidad, se pueden buscar soluciones rápidas, fáciles, pero no veraces, rompiendo así la unidad básica que ha de existir entre amor y verdad. Esta ruptura acomodaticia tiene como fundamento un amor propio desordenado, que fractura la relación de comunión. Se introduce así en la pareja el pecado del egoísmo, que resquebraja la unión. El papa explica esta situación con palabras de *Familiaris consortio*: “Ninguna familia ignora que el egoísmo, el desacuerdo, las tensiones, los conflictos atacan con violencia y a veces hieren mortalmente la propia comunión: de aquí las múltiples y variadas formas de división en la vida familiar” (AL 106; FC 21).

La realidad de la fragilidad humana exige, por tanto, un nuevo modo de amor, capaz de asumir la debilidad, la pobreza, el pecado y hasta la muerte. Este amor es el amor misericordioso, que logra acoger al otro y perdonar su pecado, logra darle una vida nueva.

La misericordia, en cuanto reacción afectiva, consiste en la tristeza que se experimenta al considerar como propio el dolor del amado⁵¹. Como vemos, la misericordia no es una reacción originaria, sino derivada de un amor previo. Solo el amante puede ser misericordioso. Es el amor la reacción originaria, como ya hemos apuntado. La misericordia no niega la realidad de la debilidad del otro, ni siquiera el pecado, al contrario, la reconoce totalmente, pues la sufre en carne propia, de hecho, hemos dicho que la misericordia es un modo de tristeza, por tanto, de sufrimiento⁵². La miseri-

⁵¹ Cf. STO. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* I-II, q. 35, a. 8. En este artículo, estudiando la tristeza, santo Tomás recoge la definición de la misericordia como afecto propia de la tradición clásica, que la define como la tristeza que experimenta el amante al sentir como propio el dolor del amado. No se debe confundir la misericordia-afecto con la misericordia-atributo divino. Sto. Tomás las distingue en *STh* I, q. 21, a. 3, resp.

⁵² Cf. R. SACRISTÁN, “Amor y misericordia”, en J. D. LARRÚ (ed.), *El camino de la misericordia* (en prensa).

cordia es posible porque existe un pacto amoroso previo, una alianza, que de pronto se ve rota unilateralmente⁵³. El perdón consiste en el restablecimiento de la alianza, en la permanencia en el don recíproco cuando se ha roto la relación⁵⁴. No solo hay que enseñar el amor, es necesario también enseñar la misericordia y el perdón.

11. SIGAMOS CAMINANDO

«Caminemos familias, sigamos caminando. Lo que se nos promete es siempre más. No desesperemos por nuestros límites, pero tampoco renunciemos a buscar la plenitud de amor y de comunión que se nos ha prometido» (AL 325). Con estas palabras acaba la exhortación del papa. Aunque se pueden decir muchas más cosas, acabamos también ahora nuestra reflexión haciendo un breve resumen de la misma. Nuestro objetivo ha sido intentar iluminar el mundo afectivo, en concreto en el ámbito matrimonial. Hemos partido de la situación de asombro de Adán ante Eva, como experiencia vital concreta que nos revela la importancia del amor como clave hermenéutica del hombre. Sin embargo, como hemos visto en nuestro análisis, la ruptura del binomio amor-verdad ha llevado al hombre a una situación de soledad interior, de narcisismo, que le ha dejado abismado en sí mismo, con la única salida de buscarse a sí mismo para sobrevivir. En esta situación es en la que el mismo dinamismo afectivo viene en auxilio del hombre. El afecto no se deja reducir a un momento placentero y puntual, sino que llama a algo mayor, a una comunión de vida con el amado.

El reto de nuestro tiempo es devolver al hombre la confianza en el futuro, en la posibilidad de construir una historia. Los cónyuges necesitan aprender a madurar su amor, esta maduración consiste en ir pasando del amor en

⁵³ Para la relación amor-alianza-misericordia, cf. J. GRANADOS, *Eucaristía y divorcio* (Madrid 2014).

⁵⁴ La relevancia del perdón no es algo que reconozca solo la fe católica. Desde una perspectiva filosófica, cf. M. CRESPO, *El perdón. Una investigación filosófica* (Madrid 2004); desde la psicología, cf. A. C. MORALES, *El perdón y la salud* (Barcelona 2012); desde la teología, J. LAFFITTE, *El perdón transfigurado* (Madrid 1999).

cuanto reacción afectiva al amor vivido como comunión. La educación afectiva ha de tener como fin enseñar a valorar la comunión por encima de la chispa de la emoción. Así, se descubrirá que el amor tiene como tarea principal “escribir su propia historia”, una historia compuesta de repetidas elecciones recíprocas entre los amantes, también en momentos de dificultad o apatía, de cambio o de monotonía, en momentos de gracia y de pecado, en definitiva, elegirse siempre. Este es el camino de un amor que siempre crece. Esta es la clave de la educación afectiva por la que hemos de luchar en este tiempo.

Hemos visto que para devolver esta confianza en el amor es necesaria la compañía de otros, que nos garanticen un amor mayor y más fiel que el nuestro. He aquí el papel de la Iglesia, acompañar a los matrimonios y a las familias, testimoniando el amor fiel de Dios que se nos ha hecho compañero por la Encarnación para llegar, como decía el papa, a “la plenitud del amor y de comunión que se nos ha prometido”.